

# *Hē Zētēsis tēs aletheías: Tuc., I.20.3 Y La Historia Verdadera*

DE MIGUEL JOVER, José Luis  
*Universidad de Santiago*

“La narration historique meurt parce que le signe de l’Histoire est désormais  
moins le réel que l’intelligible”.

R. BARTHES

## *Abstract*

Analysis of the most famous passage of Thucydides’ *History*, with emphasis in the model of this historiographical program, which our author intends to establish as unparalleled and so much the better, although this claim was in the basis of the epistemological reflection for the fifth-century.

**0.1.** Hay muchas formas de aproximación y estudio de los textos antiguos, todas ellas heterogéneas y singulares, pero, qué duda cabe, comparten el común denominador de que tratan de hacer accesible la realidad cultural y los esquemas de pensamientos de un mundo ciertamente ya muy lejano al nuestro en infinidad de aspectos. Por lo general, acostumbramos a exigir a los textos clásicos mucho más de lo que ellos mismos están dispuestos a darnos, sintiéndonos, en unas ocasiones, profundamente decepcionados cuando lo que hallamos es trivial e insuficiente, o, sencillamente, erróneo, pero, en otras, abrumados por aquellos pasajes cuya intelección ha suscitado no pocas controversias y caudalosos ríos de tinta sin llegarse a resultados convincentes. Porque buscamos aquí y allá una coherencia y una lógica que satisfaga nuestras expectativas, sin cuestionarnos siquiera hasta qué punto somos fieles con el autor que se estudia o por qué razón pretendemos siempre enmendarle la plana cuando ponemos de relieve, no lo que el texto dice realmente, sino lo que nos parece que dice. Ni que decir tiene, por supuesto, las grandes desavenencias que esto produce entre los expertos. La obra de Tucídides, en efecto, y, particularmente dentro de ella, su método historiográfico es uno de esos ejemplos privilegiados en donde se ha querido ver, con toda probabilidad, más de lo que el historiador dice: sus capítulos metodológicos, así como la llamada “*Arqueología*”, han sido tildados de insuficientes, apresurados, pálido reflejo de la historia del pasado, parciales en suma; así, de esta manera, se le hace decir a Tucídides cosas que probablemente nunca dijo.

**0.1.1.** No olvidemos los siguientes hechos: i) que Tucídides escribe los acontecimientos (*érga*) no de una guerra cualquiera, sino de una contienda “diferente”; ii) y que, consciente de las especiales características que esta narración comportaba, su interés

primordial era exponer *sus causas*. Luego, su obra aborda el difícil problema de las razones más ocultas que la provocaron, porque entendió que en el fondo de todo operaron las constantes de la conducta humana (*katà tò anthrôpinon*, I. 22.4). A tenor de I.23.4 (*tàs aitías prougrapsa prôton*) y de I.23.5 (*tên mèn gàr alêthestátên próphasin*) podemos concluir que Tucídides ha concebido el relato de la guerra básicamente desde esta perspectiva, es decir: narrar lo que nunca se narra, decir lo que comúnmente los historiadores griegos anteriores y contemporáneos no mencionan cuando tratan acontecimientos semejantes. Tucídides trabajó con el concepto de la “gran importancia” de esta guerra;<sup>1</sup> de aquí que los sucesos aparezcan íntimamente ligados a la relatividad o a la subjetividad que el autor vea en ellos. Ir más allá, insisto, sería poner en boca de Tucídides palabras que quizás nunca dijo.

**0.2.** Cabría, por ende, plantearse las siguientes preguntas: ¿Acaso Tucídides no pudo concebir su *Historia* tal cual la conservamos hoy día —salvando obviamente el estado de la transmisión textual—? ¿Tuvo auténtica y plena conciencia de que su obra era distinta a las demás, o, por el contrario, la selección del material fue tan férrea que a nuestros ojos aparece desfigurada? ¿Sabía él realmente que su historia verdadera era algo nuevo en el panorama literario griego, o seguía un expediente bien instituido? Trataremos de dar respuesta a continuación a estos interrogantes.

**0.2.1.** Veamos algunos hechos capitales. Tucídides escribió una historia singular; por doquier ha dejado prueba de ello, procurando no escamotear ni un ápice de esa singularidad, de suerte que es, precisamente, este carácter lo que levanta los recelos de quienes la juzgan según un estatuto muy rigorista. En efecto, quizás hubiera sido deseable mayor detalle sobre tales o cuales hechos, o que hubiera explicado por qué razón algunos acontecimientos son despachados con cierta precipitación. A este respecto los críticos no han llegado a un total acuerdo, si bien las respuestas son muy aprovechables. Canfora<sup>2</sup> ha dedicado buena parte de sus esfuerzos a resolver el enigma, buscando aquí y allá restos o indicios que apoyaran su teoría de que Tucídides compuso su obra en diferentes etapas, cada una de las cuales muestras diversas características metodológicas, e, incluso, llevando más lejos la tesis, ya propugnada por Gomme,<sup>3</sup> según la cual nuestro historiador había procedido a una selección muy

1. Cfr. L. Canfora, “Le préface de Thucydide et la critique de la raison scientifique” *REC* 90 (1977) pp. 455-461; esp. p. 458: “La nouveauté par rapport à Hérodote, qui lui aussi évalue les faits historiques en termes de grandeur (...), est dans l’emploi rigoureux de la grandeur en tant que catégorie historiographique, mais surtout dans la découverte que le jugement de grandeur (axiologique) est inhérent à la connaissance du fait historique: le fait et le jugement du fait son inséparables sur le plan de la connaissance”.
2. L. Canfora, *Tucidide continuato*, Padua 1970; interesantes son asimismo los trabajos dedicados a este problema por E. Schwartz, *Das Geschichtswerk des Thukydides*, Bonn, 1919; K. von Fritz, *Die griechische Geschichtsschreibung I*, Berlin, 1967, pp. 573 ss.; J. de Romilly, *Thucydide et l’imperialisme athénien*, Paris, 1951, p. 3 ss.; O. Luschnat, *RE Suppl. XII*, 1971, cols. 1.085-1.354.
3. Cfr. H. Strasburger, *Die Wesensbestimmung der Geschichte durch die antiken Geschichtsschreibung*, Wiesbaden, 1966; A.W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides*, I, Oxford, 1956, p. 25.

rigurosa del inmenso material recogido. Dover,<sup>4</sup> por su parte, hizo lo propio tratando de matizar la interpretación de Canfora a fin de averiguar cuál es el auténtico hilo conductor de lo que se revelaba como “un diario” de la guerra, no sin establecer, de entrada, la desilusión que reina entre los estudiosos de poder hallar alguna vez una solución satisfactoria.<sup>5</sup>

**0.2.2.** Por otra parte, según consideremos el estatuto del texto antiguo, a saber: como documento o monumento, historia en “estado bruto” o literatura,<sup>6</sup> cambia nuestra perspectiva respecto a ella. Tucídides pretende que su obra sea histórica, no destinada al certamen, sino una “posesión para siempre” (*ktéma es aiei*), y el ideal que la mueve es la utilidad (I.22.4).<sup>7</sup> Obviamente, la escala de valores con que Tucídides analiza las acciones y hechos bélicos no es la nuestra, como tampoco las expectativas de un griego contemporáneo. Debe admitirse, pues, sin mayores reticencias, que lo que a nosotros nos parece de primer orden, probablemente al historiador o al hombre griego antiguo le pudo ser indiferente, sobre todo si, en su escala de valores, consideraba otros hechos más relevantes (I.1.), o viceversa.<sup>8</sup> Hemos, por ende, de juzgar a Tucídides desde sí mismo y no en función de lo que pudo haber escrito o dicho.

**0.3.** Además, el destinatario de esta *Historia* era aquel hombre griego que vivió el advenimiento del imperialismo, la hegemonía y la terrible guerra que enfrentó a todos los griegos (I.2).<sup>9</sup> Si, en principio, su obra obedece a una metodología sólidamente sedimentada, que tenía como meta primordial el rigor a ultranza y que procura en lo posible no dar rienda suelta a sus opiniones personales, salvo en casos contados, y que evita las fáciles divagaciones, no puede ocultar que la índole política de su tema le haga aparecer como un ciudadano ateniense que ve la patria desmoronarse; esto no sólo deja una profunda huella en su pensamiento, sino también en los personajes que protagonizan la narración. Tales son, pues, los ingredientes que la hacen excepcional, así como que su autor asuma la responsabilidad de lo que narra.

4. K.J. Dover, “La composición de la obra de Tucídides”, en *Estudios de Historia Antigua*, Cuadernos Fundación Pastor, Madrid, 1976; pp. 11-29.

5. Id., p. 12.

6. Cfr. H.R. Immerwahr, “Ergon. History as a Monument in Herodotus and Thucydides”, *A/PH* 31 (1960), pp. 261-290; N. Loraux, “Thucydide n’est pas un collègue”, *Quaderni di Storia* 12 (1980), pp. 55-81.

7. Luc., *De hist. conscribenda*, 9; J. de Romilly, “L’utilité de l’Histoire selon Thucydide”, en *Histoire et historiens dans l’Antiquité*, Entr. Fond. Hardt, Vandoeuvres-Genève, 1956, pp. 41-81.

8. Sobre el relativismo de los conocimientos humanos ya presente en Jenófanos, cfr. A. Momigliano, “Storiografia su tradizione scritta e storiografia su tradizione orale”, *Terzo Contributo*, I, Roma 1966, p. 13; asimismo, Luc., *De hist. consc.*, 27; A.W. Gomme, *op. cit.*, I, p. 50, quien señala, p.ej., el episodio de los platenses, rebelión de Corcira, la expedición de Melsos, la destrucción de Micaleso, etc.; P. Loraux, “art. cit.”, p. 68.

9. A.W. Gomme, *op. cit.*, I, p. 89; L. Canfora, *Totalità e selezione nella storiografia classica*, Bari 1972, pp. 15, 19, 31.

1. Ya los antiguos<sup>10</sup> vieron a Tucídides fue el *prōtos heuretēs* de la Historia verdadera; los modernos le siguieron fielmente cuando buscaban el nacimiento de la historia científica.<sup>11</sup> Se llegó a la conclusión de que era más científico respecto a la historiografía anterior, ya que mostraba un notable influjo de las ciencias de la naturaleza, la sofística y la medicina; sin embargo, sería equívoco sostener tal aseveración sin una justa ponderación del problema: no basta afirmar que el nuevo espíritu racionalista surgido de la Ilustración provocó una historiografía más crítica que la concepción histórica jonia. Tucídides demuestra conocerla muy bien; tampoco le pasan inadvertidos los mecanismos de la tradición oral y de la escritura, que empezaba a florecer por estos años. Respeto el valor histórico de Homero, a Heródoto, a los logógrafos y a la *Syngraphē* de Helánico, aunque no comparta sus respectivas metodologías ni su alcance de miras. Hablar, pues, de ruptura con el modelo anterior de escribir historia parecía apropiado; pero, aunque así procediera, no sería sólo con la historiografía anterior, sino también con la contemporánea. De la cita, en I.97, sobre la *Syngraphē* de Helánico, así como de la insistente mención en Marcelino, la Vida anónima y los manuscritos de que Tucídides redactó una *Syngraphē* de la guerra peloponesiaca, se infiere que ambos autores serían equiparables en cuanto al género histórico elegido; no obstante, el mismo Tucídides establece las diferencias: el poco espacio de tiempo que Helánico rememora y su falta de "*acribia*" (ΒΡΑΚΗΕΟΣ ΤΕ ΚΑΙ ΚΗΡΟΝΟΙΣ ΟΥΚ ΑΚΡΙΒΟΣ ΕΡΕΜΝΕΣΤΗ). La crítica racionalista ya fue puesta en marcha por Hecateo,<sup>12</sup> y tampoco Heródoto fue ajeno a ella. Más, por otra parte, el muy reverenciado cientifismo de Tucídides podría quedar seriamente comprometido bajo la problemática de nuestros propios conceptos modernos, si algunos, a tenor del auge de la etnología y la antropología contemporáneas, insistiesen también en que el discurso étnico-geográfico herodoto era más científico que la acribia tucidéa.<sup>13</sup>

Ya en el nacimiento de la historiografía se da el hecho totalmente revolucionario de que concurren dos modelos culturales. Ahora bien, los problemas metodológicos con que se enfrenta Tucídides al diseñar el proyecto de su Historia Verdadera presenta una profunda inspiración filosófica, y se pueden resumir de la siguiente manera: i) su interés manifiesto por la situación humana y por las reacciones ante los estímulos de la guerra no pertenecía al ámbito de la reflexión histórica, sino al de la poesía o al de la filosofía.<sup>14</sup> Homero es un precedente al que nuestro historiador no ignora; Eurípides tiene muchísimos puntos de contacto con Tucídides en infinidad de aspec-

10. Dion. Halic., *De Thucyd.*, 8; Luc., *De hist. consc.*, 9; según F. Lassèrre, "Historiographie grecque archaïque", *Quaderni di storia* 4 (1976), p. 118, intentar buscar un *protos heurètes* entre los historiadores de la época arcaica es una pérdida de tiempo, pero, en cualquier caso, cfr. L. Canfora, *Teorie e tecnica della storiografia classica*, Bari, 1974.

11. Cfr. F. Hartog, "L'oeil de Thucydide et l'histoire véritable", *Poétique* 49 (1982), pp. 22-30.

12. Cfr. A. Momigliano, "Il razionalismo di Ecateo di Mileto", *Terzo Contributo*, pp. 323-333; G. de Sanctis, "Intorno al razionalismo di Ecateo di Mileto", *Riv. Fil.* 61 (1933) 1-15 (= *Studi di storia della Storiografia Greca*, Firenze, 1951, pp. 3-19).

13. Cfr. R. Vattuone, *Logoies storia in Tucidide*, Bologna, 1974, p. 221.

14. O. Luschnat, *RE Suppl.* XII, 1971, col. 1.252 ss.; Vattuone, p. 221 y n. 21 en p. 343.

tos, como ha señalado Finley.<sup>15</sup> El contexto en el que escribían estaba dominado por la *Tékhnē* sofística, cuyo interés primordial era la etnografía, y por la “*Arqueología*” y el “*Mythologéin*” que atacaba el Sócrates platónico. Los sofistas moldean la historia antigua a su arbitrio cribando de los mitos el elemento fantástico y maravilloso hasta reducirlos a su mínima expresión “histórica”: esto es *Mythologeín*. El historiador científico reacciona contra la negativa sofística a aceptar que la labor intelectual conlleve un gran esfuerzo:<sup>16</sup> el épos y la prosa jonia habían puesto los cimientos; Tucídides construirá el edificio sobre ellos.

ii) Puesto que el *histōr* debe responder a la conciencia cultural y antropológica de sus lectores, es imprescindible que manifieste su respeto por el pasado remoto. Ahora bien, se sitúa en una posición polémica respecto a él, ya que no le interesa todo lo sucedido en éste: la lejanía temporal y la imposibilidad de obtener información digna de confianza le hacen desistir de una investigación profunda; se contenta con reflexionar sobre los indicios que subsisten en el presente. Tucídides entendió que la misión del historiador era doble: 1) debía establecer la verdad de los hechos; 2) y determinar las causas que los han producido. Partiendo, pues, del principio metodológico según el cual la historia ha de ser verdadera o no es auténtica historia;<sup>17</sup> se llega a la conclusión de que el discurso “verdadero” se opone dialécticamente al “falso”, o lo que es igual: sostener que una historia es “verdadera” equivale a decir que las otras no lo son.<sup>18</sup> Las obras de Hecateo y Heródoto son “verdad” en la medida en que son el resultado de una investigación, observación o una labor depuradora, sin embargo no aseguran la fidelidad de sus datos. No existe univocidad en el concepto de lo verdadero,<sup>19</sup> el cual variará sustancialmente según los requerimientos epistemológicos del autor de que se trate, e importa poco el género literario que estemos estudiando. Parece que el autor antiguo se vio siempre en la obligación de rechazar lo anterior: Píndaro, p.ej., en *Olímpica* I, 27-29 dice:

“ē thaúmata pollá, kaí poū ti kaì brotōn  
phátis hyp̄er̄ tōn *alathē* lōgon  
dedaidalménoi pseúdesi poikílois exapatōnti *mýthoi*”.

(Sin duda portentos numerosos existen, y a veces también la leyenda de los mortales va más allá del verdadero relato; adornados con mentiras varias nos engañan los mitos).

El rechazo de la historia “falsa” se introduce tras la mención a la salida de Pélope del caldero; detalle que se mezcla con el relato de la historia “verdadera”, i.e. la abducción de Pélope por parte de Posidón. Es manifiesto que, en estos versos, Píndaro reclama para su poesía una voluntad de racionalismo y de profesionalidad que faltaba en los “engañosos” mitos, lo cual enlaza con el espíritu jonio defendido por Hecateo, quien, a su vez, consideraba a esos mismos “lógoi” ridículos. Luego, podríamos

15. M.I. Finley, “Euripides and Thucydides”, *HSCPh* 49 (1938), pp. 23-68.

16. R. Vattuone, *op. cit.*, p. 223.

17. F. Hartog, “art. cit.”, p. 22.

18. Id.

19. L. Canfora, *Totalità e selezione ...*, p. 44.

20. La traducción es de M. Benavente-J. Lens, “Píndaro: Olímpicas”, *Estudios de Filología Griega* 2 (1986), pp.

concluir que Tucídides se enmarca dentro de esta tradición, si bien llega más lejos que nadie. Porque en una cultura y civilización en la que el omnipresente y multiforme mito tuvo el rango de histórico,<sup>21</sup> en donde éste podía ser manipulado por motivos ideológicos y políticos, la *Historia* de Tucídides se erigió en monumento en tierra de nadie. Efectivamente, una obra concebida como *ktēma es aiei* coloca al historiador en la misma esfera que el filósofo o el poeta que reclamaba para sí el título de educador del pueblo, ya que sólo una reproducción lo más fiel y exacta posible podía evitar la repetición de los hechos.<sup>22</sup>

2. Personaje austero, meticuloso, un militar al servicio de la idea democrática de Pericles, caído en desgracia y exiliado, Tucídides consideró que la guerra estuvo estrechamente ligada a la aparición del imperio ateniense, ofreciendo un profundo análisis de cuáles fueron las causas que dieron al traste con él. Para Momigliano<sup>23</sup> pertenecía a ese grupo de “*entertainers*” que nunca obtuvieron el reconocimiento de su sociedad: individuos incómodos, la conciencia culpable de un pueblo abrumado por la guerra civil; por eso, quizás no sea casualidad que muchos historiadores griegos fueran exiliados de sus países.<sup>24</sup> Tucídides marca el punto de partida de la historia entendida como “discurso de verdad”; discurso que tiene como razón de ser y como exigencia decir la verdad de los hechos y como privilegio convertir a sus cultivadores en “maestros de verdad”.<sup>25</sup> Mas, *Alētheia* es deidad que ya recibía culto antes de él, así como *Memoria*, las cuales salvaban del olvido (*lèthe*) las acciones humanas a través de los poetas y de la recitación oral.<sup>26</sup> Una primera lectura revela que también Tucídides contempla estos parámetros. Ahora bien, si, por un lado, se inicia un nuevo

---

273-309; véase G. Nagy, “Pindar’s *Olympian* 1 and the aetiology of the Olympian Games”, *TAPA* 116 (1986) pp. 71-88; esp. p. 87.

21. Sobre la historización del mito, cfr. F. Lassère, “art. cit.”; el interesantísimo trabajo de P. Veyne, “Entre el mito y la Historia o las limitaciones de la razón griega”, *Diógenes* 113-114 (1981), p. 11 ss., y M. Piérat, “L’historien ancien face aux mythes et aux légendes”, *LEC* 51 (1983), pp. 47-62.
22. Cfr. H. Strasburger, *op. cit.*: id., “Die Entdeckung der politischen Geschichte durch Thukydides”, *Saeculum* 5 (1954), pp. 395-428 (= *WdF*, pp. 412-476; esp. p. 420); F. Jacoby, “Myth, Memory and History”, *CR* 18 (1968), pp. 281-302; M. Pavan, “La moderna critica storica e il didascalismo nella storiografia antica”, *Cultura e Scuola* 18 (1966), pp. 115-125; A. Momigliano, “Tradition and the Classical Historian”, *Quinto Contributo*, Roma 1975, pp. 13-31.
23. Cfr. A. Momigliano, “The Historians of the classical World and their Audiences: some suggestions”, *Ann. Sc. Norm. Super. di Pisa*, 8 (1978) pp. 59-75; esp. p. 61.
24. Id.
25. Cfr. F. Hartog, “art. cit.”, p. 22.
26. Cfr. Ch. Segal, “Tragédie, oralité, écriture”, *Poétique* 50 (1982) pp. 131-154. Sobre el tema de la oralidad en el ámbito de la historiografía clásica, cfr. W. Ch. Greene, “The Spoken and the Written Word”, *HSCP* 50 (1951) p. 39 ss.; B. Gentili-G. Cerri, *La Teoria del Discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica*, Roma 1975; id., “Written and Oral Communication in Greek Historical Thought”, en *Communication Arts in the Ancient World*, ed. E. A. Havelock-J.P. Hershbell, N.Y., 1978, 137-155; A. Momigliano, “art. cit.”, en n. 23. Un recorrido histórico a través de la época arcaica y clásica con especial aplicación a nuestro tema lo ofrece G.F. Nieddu, “Testo, scrittura, libro nella Grecia Arcaica e Classica: note e osservazioni sulla prosa scientifico-filosofica”, *Scrittura e Civiltà*, 8 (1984) pp. 213-261. Está en contra de la tesis de la “ruptura” H.R. Immerwahr, “art. cit.”, p. 279.

paradigma de verdad visto desde el ámbito de la palabra escrita (I.1), la cual implica una doble ruptura: 1) con la tradición oral en tanto que creación y difusión oral; y 2) con la historiografía anterior, básicamente acroamática, por otro, su principal aportación es la de haber descubierto que sólo hay historia verdadera en el presente.<sup>27</sup> De aquí que hubiera pretendido “descubrir claramente” (*saphôs heurein*), no sin esfuerzo, la verdad, llevando la investigación más allá de las apariencias externas de los hechos. Es más que probable que la cuestión de lo visible e invisible que opera bajo el acontecer humano fuera tema de frecuente debate durante la Ilustración: los trágicos y Demócrito comparten con Tucídides el haber dado expresión tangible a este nuevo pensamiento.<sup>28</sup> El *hístor* buscaba “la causa más verdadera” (*alēthestatēn próphasis*<sup>29</sup>), que es, en efecto, la menos visible (*aphanestátēn* I.23.6).<sup>30</sup> Sófocles, en *Edipo Rey* 105-111, ha resumido, con su habitual ambigüedad, los límites de la polémica cuando Creonte es interrogado por Edipo en relación a la respuesta de oráculo apolíneo; pero el trágico descubre el lado macabro: al “investigar” Edipo las causas ocultas, con ello consigue su propia destrucción:

Ed.: Lo sé de oídas (*éxoid' akouōn*); porque jamás le vi (*eiseidón*).

Cr.: Muerto él, ahora se nos ordena claramente (*saphôs*) castigar a sus asesinos.

Ed.: ¿Pero dónde están? ¿Dónde encontraré (*heurethēsetai*) esa huella incierta (*dystékmarton*) de una antigua culpa?

Cr.: En esta tierra, ha dicho. Lo que se busca (*zētoúmenon*) se encuentra, pero escapa lo que se descuida.

En v. 105 hallamos tres vocablos que pertenecen a la esfera del conocimiento; los tres responden a la modalidad de ese conocimiento científico y racional que predominó durante esta época: “*exoida*”, “*sé*”, de la misma raíz que “*eiseidón*”, “*ver*”,<sup>31</sup> y “*akouōn*”, “*oir*”. Sófocles defiende la superioridad del ojo sobre el oído en la consecución del conocimiento; la incertidumbre, por tanto, se resuelve mediante la investigación (107) y la búsqueda (109). Tal prodigio de contención verbal y semejante combinación intraducible del vocabulario de la caza, de la investigación (*zētoúmenon*), del racionalismo sofístico (*dystékmarton*), del ámbito judicial (*ekpheúgei*) son los medios de que se sirve el autor para penetrar lo oculto tras la fachada del mundo fenomenológico.<sup>32</sup>

27. F. Hartog, “art. cit.”, p. 26.

28. Cfr. Ch. Segal, “art. cit.”, p. 139. A propósito del problema del conocimiento, véase G. Ugolini, “L’Edipo tradico sofocleo e il problema del conoscere”, *Philologus* 131 (1987), pp. 19-31.

29. Sobre *Próphasis* véase, S. Schuller, “About Thucydides ‘Use of *aitia* ant *Prophasis*””, *RBPh* 34 (1956), pp. 971-84; F. Robert, “*Próphasis*” *REG* 59 (1976), pp. 317-342; también es interesante, F.M. Cornford, *Thucydides Mythistoricus*, London 1965, p. 59.

30. Cfr. Ch. Segal, “art. cit.”, p. 139-40.

31. Cfr. L. Canfora, *Totalità e selezione*, p. 15.

32. Ch. Segal, “art. cit.”, p. 138.

Para Segal,<sup>33</sup> sólo una historia concebida como texto escrito podía prestar tanta atención a términos tales *zetein*, *akribeia*, *heuriskein*, *epiponos*, (I.22), es decir el esfuerzo, la resistencia, la exactitud sobre la que se construye el discurso verdadero. Y denotan la paciente labor del historiador que analiza y estudia el material recogido, su introspección y reflexión para separar la paja del grano. Canfora<sup>34</sup> ha insistido, a este respecto, que Tucídides debió preceder a un lógico trabajo de selección: primero, sitúa los límites cronológicos de la *Historia*, y, segundo, los fundamentos de su conocimiento histórico, a saber: lo que ha visto y oído; de éstos sólo el primero es camino seguro para llegar a la *alētheía*; en cambio, el segundo supone un considerable esfuerzo (I.22), porque el recuerdo oral se presta mal a la labor histórica. Cuando Nicias quiere advertir a Atenas de la crítica situación en que se encuentra, envía mensajeros; pero, temiendo que les fallara la memoria o que traicionaran la realidad, escribe una carta a la asamblea; el vehículo escrito sería el mejor medio para alcanzar la plena verdad (VII.8.2).<sup>35</sup> Hartog,<sup>36</sup> sin embargo, sostiene que el mensajero tenía que leer la carta ante la asamblea y que, por ende, sería consciente de que su obra no escapaba completamente a la oralidad. Es más, a tenor de I.23.4 podríamos conjeturar que la ejecución pública entra dentro de sus previsiones, lo cual le pondría en polémica con el oyente; mas, una cosa es el destino que el historiador hubiera pensado (i.e. la lectura privada), y otra muy distinta el uso que hiciera cada cual.

3. En la *Arqueología* cumple con el trámite obligado, a tenor de su propio plan y método histórico, sin una convicción ejemplar, para poner de manifiesto lo que es en verdad un ejemplo del tipo de historia a la que están acostumbrados sus contemporáneos, pero que él no va a hacer, y a continuación pasar a lo que sí es su *historia*. En buena medida, la *Arqueología* marca la frontera entre la historia hecha en el pasado, tendenciosa y falaz, y la suya. Es cierto que el método logográfico pudo atenerse al presente, pero su escaso (o inexistente) rigor no le merecía a Tucídides ninguna confianza (I.21.1). Su misión, en cambio, no es nada trivial ni perezosa, sino todo lo contrario; de aquí que alcance a veces altas cotas de poesía cuando retrata el drama interno de sus “héroes”.<sup>37</sup> Cabría establecer un fácil paralelo con Eurípides, quien tras la fachada mítica, sabe descender a situaciones contemporáneas: son, pues, dos formas de aproximación a una misma realidad. Ambos saben de *érge* y de *lógoi*, es decir de subjetividad y objetividad. El *lógos* en cuanto histórico se convierte en traducción de *érge*, y, por ende, como el mismo Pericles confiesa en el *Epitáfios Lógos*, traición de los hechos, porque el orador (o el historiador) corre siempre el

33. Id.; D. Lanza, *Lingua e discorso nell'Atene delle professioni*, Napoli, 1979, pp. 67-87.

34. L. Canfora, *Totalità*, p. 29.

35. Sobre la ideología de la comunicación, cfr. O. Longo, “Scrivere in Tuciddide: comunicazione e ideologie”, *Studi in onore di A. Arditzzoni*, ed. A. Livrea-G.A. Privitera, Roma 1970, pp. 519-554. A propósito de este pasaje, cfr. F. Hartog, “art. cit.”, p. 24.

36. Id.

37. F.M. Cornford, *op. cit.*, 111 ss.



riesgo de no estar a la altura de las acciones ensalzadas (II.5.1). Los *érge* vendrían a ser las partes narrativas como fuente histórica, y los *lógoi*, las interpretaciones, la profundización teórica del significado de los hechos.<sup>38</sup> De aquí que hallemos un doble nivel de realidad: 1) la fría verdad de los acontecimientos, expuestos con toda la asepsia que supo demostrar, aunque no sin una valoración axiológica de ésta;<sup>39</sup> y 2) los discursos, que constituyen la realidad viva hecha palabra a través de sus protagonistas, y que también están sometidos a los mismos parámetros con que se juzgaba la verdad de los *érge* (II.35.2, *hē dókeŒis tēs alētheías*).

**3.1.** Hemos hablado de ruptura. Precisemos ahora este particular. Tucídides comenzó su tarea con un talante y un método que, si bien dependía relativamente de la tradición precedente, la dota de un espíritu de nuevo cuño. Los proemios de Hecateo y Heródoto son a este respecto muy elocuentes:

1. (FGH I JACOBY): HEKATAIOS MILESIOS HÓDE MYTHEĪTAI TÁDE GRÁPHŒ HŒS MOI DOKEĪ ALĒTHĒA EĪNAI HOĪ GĀR HELLĒNŒN LŒGOI POLLOĪ TE KAĪ GELOIOI, HOS EMOĪ PHAINONTAI, EISIN ...

2. HER., I.1.: HĒRODŒTU HALICARNĒS SĒOS HYSTORIĒS APŒDEXIS HĒDE.

Comparados con el *proemio* de la Historia de Tucídides, queda de manifiesto de una forma contundente lo que separa y acerca a estos tres métodos historiográficos:

Hecateo entroncaba con la tradición legendaria (*mytheĪtai*), compuesta por una multiplicidad de *lógoi*, que, a su juicio, era ridículos; pero él se propone relatar lo que le parece verdad.<sup>40</sup> Hecateo aún se mueve en el mundo fenomenológico de las apariciones de los relatos (*phainontai*), si bien había dado un gran paso hacia adelante. Se advierte, pues, una exigencia crítica en la elaboración de los datos tradicionales, cuya forma de disposición narrativa no satisfacía la total objetividad, conquista que no podía venir sino con un criterio nuevo de valoración e interpretación. El milesio había usado la razón y la observación como fundamentos para medir los límites de su historización:<sup>41</sup> geografía y etnografía se dan cita en su obra a través de la *autopsia*, es decir la información adquirida personalmente durante los viajes. Para conseguirlo, desarrolló el método etimológico en el estudio de los mitos y leyendas locales,<sup>42</sup> esto es: un relato exento de fantasías e impregnado de un espíritu racional capaz de asegurar la objetividad. El mito, pues, es reducido a su mínima expresión "*histórica*" a fin de que pudiera ser empleado como fuente digna de crédito.<sup>43</sup> Tucídides aún queda lejos de estas bases metodológicas.

38. R. Vattuone, *op. cit.*, p. 30.

39. L. Canfora, "Le préface de Thucydide et la critique ...", p. 458.

40. Véase A. Roveri, "La nascita delle forme storiche da Ecateo ad Erodoto", *Studi di Filologia Classica*. 13 (1963), p. 12.

41. Id.; A. Momigliano, "Il razionalismo di Ecateo ...", p. 325 ss.

42. A. Roveri, "art. cit.", p. 13.

43. Id.; también A. Momigliano, "Il razionalismo ...", p. 324.

Heródoto, por su parte, adelanta un paso más en esta búsqueda del discurso histórico verdadero: la *historiēs apódexis*. A partir de él fue consustancial a la historiografía antigua la *apódexis*”; una narración histórica que no fuera fruto de una “exposición de la investigación<sup>44</sup> sería sólo una suma más o menos artística de hechos, motivos o relatos risibles. Asimismo, Heródoto coloca en lugar preferente los conceptos de *ópsis*, *akoē* y el de *gnōmē* (2.99.1). La *ópsis*, primera fuente de datos para la labor histórica, sería la observación directa de los hechos, que podía ser realizada por uno mismo, lo cual es más aconsejable, o por otros, siendo esto último lo que conllevaba un mayor riesgo, porque el mero testimonio ocular se unía la subjetividad del informante. Cuando la autopsia no tiene lugar, el historiador debe dejar a la *akoē* (2.29.1; 2.99.1; 2.14, 5-6),<sup>45</sup> también sujeta a una mayor o menor credibilidad. Y sobre ambas se erige el pensamiento personal (*gnōmē*), dado que, por supuesto, la *historiēs apódexis* no consiste sólo en una simple investigación “en bruto”: la información debe ser manufacturada hasta llegar a una forma razonablemente definitiva. Tucídides percibió las insuficiencias de este procedimiento (que el mismo Heródoto tuvo la honradez de confesar: *tauta ei mén esti alēthēos ouk oida*, 4.1985.2), cuando se decanta a favor de la redacción global de unos hechos que puedan ser aislables cronológicamente, esto es: la *syngraphē*.<sup>46</sup>

**3.2.** Comenzó a escribir desde el principio mismo de las hostilidades (*xynègrapse tòn pòlelmon ... arxámenos euthys kathistaménou*). *Syngrapteîn* no está atestiguado antes de Tucídides<sup>47</sup> en el sentido de “componer” o de “registrar”, pero quizás pudiéramos entender que alude a la narración global, mes a mes, año a año, de los acontecimientos que él mismo vivió, o que pudo saber de otros testigos. Su tema es la guerra, “no una historia de Grecia durante la guerra”.<sup>48</sup> Le impulsa a contarla sus expectativas de que iba a ser más grande e importante que las anteriores, deducción que no es gratuita ni subjetiva, sino extraída de las pruebas (*terkmairómenos*, I.1):<sup>49</sup>ambos bandos habían llegado al máximo de capacidad bélica para emprender la guerra, a la cual unía directamente la política de alianzas emprendida por los dos estados. Para Tucídides, dicha política era el síntoma más claro (la mención del verbo *horáō* es reveladora) de la escalada de tensión que precedió a la contienda. La conclusión es contundente: ello supuso la crisis más grande que tuvo lugar en suelo griego (*kínēsis gār haúte megístē dē toís Hēllesin égéneto*, I.1.2.). La historia-docu-

44. A. Roveri, p. 17.

45. Sobre la autopsia son capitales; G. Nenci, “Il motivo dell’autopsia nella storiografia greca”, *Studi Classici e orientali* 3 (1955), pp. 14-46; G. Schepens, “Éphore sur la valeur de l’autopsie”, *Ancient Society* 1 (1970), 167 ss.; id., “L’information complète chez les historiens grecs”, *REG* 88 (1975), pp. 81-93.

46. A. Roveri, p. 22; D. Lanza, *op. cit.*, pp. 55-69.

47. Cfr. *LSJ*, s.u., y opinión de D. Proctor, *The Experience of Thucydides*, Warminster 1980, p. 13; P. Loraux, “art. cit.”, p. 70.

48. A.W. Gomme, I, p. 89.

49. Sobre “*Tekmēria*” cfr. A.W. Gomme, “ad loc.” et ad I.20.1: “it should be remembered that tekmerion is not evidence, but the inference drawn from the evidence ...”.

mento, por consiguiente, descubre una dimensión diferente, ya que Tucídides actúa como un notario que levanta cumplida acta de aquellos acontecimientos que debían ser recordados, a saber: únicamente los más grandes.<sup>50</sup> Las acciones anteriores a esta guerra no eran dignas de ser recordadas, 1º) porque la lejanía temporal hacía imposible una "investigación clara"<sup>51</sup> (*tà gàr prò autōn kai éti palaítēra saphōs mèn heurein dià khrónou pléthos adynata en*, I.1.3); 2º) porque, a juzgar por los indicios en los que el historiador podía confiar, no fueron "importantes" (I.1.3).

3.3. Queda claro, pues, que para Tucídides escribir historia era una labor de notoria responsabilidad. Mas aquí, sin embargo, la ruptura con lo anterior no es tan tajante. En lo relativo a las fuentes su *syngraphē* depende de la tradición hecatea y herodotea,<sup>52</sup> porque la historia verdadera tampoco se basa en documentos escritos.<sup>53</sup> Según Momigliano, aceptó el presupuesto herodoteo de que la historia se nutre fundamentalmente de tradicionales orales. Los documentos escritos son tan secundarios para Tucídides como Heródoto, aunque manejó con un criterio de mayor severidad lo que le proporcionaba la tradición.<sup>54</sup> Canfora<sup>55</sup> ve en la consolidación del método tucidídeo dos momentos capitales: un "primer" Tucídides émulo de Heródoto, y un Tucídides "maduro", es decir aquel hombre que había emprendido la tarea de revisar y dar una redacción definitiva a su *Historia*. Así, de esta manera, si primero siguió al de Halicarnaso en su interés por los acontecimientos cercanos, después se apartó pronto de su poco fiable historiografía.<sup>56</sup> Immerwahr,<sup>57</sup> que estudió en profundidad I.20 y ss., había detectado una crítica abierta contra la teoría del conocimiento histórico imperante en la época. Mas, al concebir su *Historia* bajo la dualidad "érgallōgoi" había otorgado a su relato una dimensión de realidad ciertamente creíble. I. 20-22 toman en consideración, sobre todo, los hechos mismos, porque sólo éstos cuentan en el relato histórico. La dificultad que supone investigar los acontecimientos antiguos le lleva a referir con notable brevedad la historia antigua del Atica hasta las guerras médicas, en forma de *Exempla*, porque no se debe dar crédito a cualquier clase de "indicios" (*khalepà ónta pantí hexēs tekmeriō pisteūsai*). Pero, ¿de qué clase de *tekmēria* o *sēmēia* habla? En una sociedad sin archivos, que es incapaz de conservar

50. P. Loraux, "art. cit.", p. 70; L. Canfora, *Totalità*, p. 71 ss.

51. Para un sentido diferente de *saphōs heurein* en relación con la "grandeur" de los hechos narrados, véase L. Canfora, "Le préface ...", p. 456.

52. Sobre las fuentes, véase A.W. Gomme, I., p. 29 ss.; A. Momigliano, "Storiografia su tradizione scritta ...", p. 15.

53. A. Momigliano, "art. cit.", en n. 52, p. 16.

54. Id.

55. Estado de la cuestión en K.J. Dover, "art. cit."; también es de consulta obligada, L. Canfora, *Tucidide continuato*, Padova, 1970; Id., "Storia antica del testo di Tucidide", *Quaderni di storia* 6 (1977), pp. 3-39; D. Proctor, *op. cit.*, pp. 15-32.

56. A. Momigliano, "art. cit.", p. 16; L. Canfora, "Tucidides erodoteo", *Quaderni di storia* 16 (1982), pp. 77-84.

57. "art. cit.", p. 278.

documentos del pasado,<sup>58</sup> la historia debe construirse sobre indicios: las tradiciones son un buen auxilio, aunque insuficiente (I.20.1); de ellas las más complejas suelen ser las epicóricas porque se transmiten sin control (*abasanístōs*). Otro tipo de indicios podían ser los restos arqueológicos, que, si bien no menudean en su obra, tampoco le pasan inadvertidos, así como la *dynamis*, la *paraskeuē* y la *kléos* que las ciudades, antaño importantes, conservan en el presente, como p.ej. Micenas (I.9-10). En la concepción tucídidea, piensa Canfora,<sup>59</sup> “todos los acontecimientos, incluso los relativamente recientes pero de los que no se tenía conocimiento directo, son cognoscibles mediante *tekmēría*”; la claridad de su relato la pudo prometer únicamente para los sucesos de los que había sido espectador (I.22.4)”. Y, cuando procede, también pone de manifiesto su propia subjetividad en aquellos casos en que no tiene pruebas sólidas (*hos d' eipein ...*, I.2; *moi*, I.3.).

Es, asimismo, capital su prevención contra los poetas, a los cuales no se debe dar crédito porque adornan con sus bellos cantos (*hymnēkasi ... kosmoūntes* I.21.1) las acciones humanas.<sup>60</sup> Previamente, en la transición de I.20 a I.21, había expuesto Tucídides su primer principio metodológico: “para la mayor parte de los hombres *búsqueda de la verdad* (*he zētēsis tēs alētheías*) no representa fatiga (*ataláiporos*), y se vuelven a las noticias corrientes”. *Zētēsis*, *heurískō*, *tekmēría*, *sēmeia*, *horádō*, *skopēō* pertenecen al campo semántico de la indagación-saber-conocer y dan pie para una interpretación de carácter epistemológico.<sup>61</sup> A tenor de la dicotomía *pasado-presente*, podemos establecer las siguientes correspondencias:

1. Pasado: *tekmēría/semēia*: *heurískō*, *pisteúō*.
2. Presente: ÉRGA: *Horádō*, *skopēō*.

Los logógrafos son esos que “se vuelven a las noticias corrientes”, porque buscan, ante todo, atraerse al oyente hilvanando (*synéthesan*) relatos agradables de oír en lugar de decir la verdad. Sus deficiencias son evidentes: los acontecimientos que narran no pueden ser demostrados rigurosamente (*anexélenkta*), ya que, al ser tanto el tiempo transcurrido, se han transformado en algo que tiene forma de mito pero no lo es (*tó mē mythēdes*), sin ninguna credibilidad (*apístos*).<sup>62</sup>

4. En I.22, siendo consecuente con su pretensión inicial de veracidad y totalidad, Tucídides amplía el programa metodológico a los discursos por considerar que con-

58. A. Momigliano, “Erodoto e la storiografia moderna”, *Secondo Contributo*, Roma 1960,<sup>1</sup> pp. 45-56; L. Canfora, *Totalità*, p. 15.

59. *Totalità*, pp. 15-16.

60. Cfr. H. Funke, “Poesia e storiografia”, *Quaderni di storia* 23 (1980), pp. 71-93; esp. p. 81.

61. Sobre el influjo de los métodos de la ciencia natural griega, cfr. H. Diller, “Opsis adelon tà phainomena” *Hermes* 67 (1932), pp. 24-42; M. Vegetti, “Teoria ed esperienza nel metodo ippocratico”, *Il Pensiero* 12 (1967) pp. 64-84; id., “Nascita dello scienziato”, *Belfagor* 28 (1973) pp. 641-43. Sobre *tekmēria*, *semēia*, etc. véase D. Lanza, *op. cit.*, p. 105; G. Ugolini, “art. cit.”, p. 27.

62. F. Hartog, “art. cit.”, p. 23.

tribúan notoriamente a la impresión de objetividad. Según la conocida teoría de Canfora,<sup>63</sup> es fácil colegir que Tucídides, también a propósito de los discursos, ha tenido que seleccionar el material disponible. Pero, al explicar el método seguido, añade una doble promesa que cumple sólo en parte.<sup>64</sup> *i*) reproducir *con exactitud* la totalidad de los discursos, así como los acontecimientos relacionados con ellos; *ii*) recoger únicamente “los hechos acerca de las acciones bélicas cuya autopsia puede certificar, o bien por sí mismo o tomándola de otros. En este último caso debe tener muy presente la *exactitud* con que sus informadores se ajusten a los hechos, de modo que, implícitamente, Tucídides reconoce que hay un buen y un mal testimonio.

En el único caso en que no hay duda de que Tucídides ha participado personalmente en los hechos, Canfora<sup>65</sup> detecta una mayor brillantez y abundancia de detalles, lo cual contrasta con la concisión con que despacha los restantes acontecimientos. Toda la información concerniente a la peste en el segundo verano de la guerra (II.48.3) es de primera mano; y suponiendo que Tucídides permaneció en Atenas durante este intervalo de tiempo, podemos asumir que los demás sucesos fueron seguidos con especial interés. Canfora<sup>66</sup> alude, así, al testimonio seguro sobre el proceso incoado a Antifonte (8.68.2), del cual Cicerón deducía que nuestro historiador había sido testigo privilegiado; el relato sobre el golpe de estado y el fugaz gobierno oligárquico es seguido día a día mediante una técnica casi-periodística. Y, por último, la descripción de la marcha de la flota ateniense hacia Sicilia parece fruto del testimonio ocular (6.30-38).

La *akribeía*<sup>67</sup> es *conditio sine qua non* para asegurar la voluntad de veracidad. Gracias a esta exactitud, el historiador puede salvar del olvido y dar al recuerdo acciones cualitativamente más importantes; ello implica un mayor esfuerzo e investigación (*epipónos ... heurísketo*, I.22.3), porque ahí reside la utilidad de su obra.

63. *otalità*, p. 30-32; véase también, G. Schepens, “art. cit.”, p. 88.

64. *Id.*

65. *Id.*, p. 44.

66. *Id.*, p. 48.

67. Sobre la *akribeía* en relación con el método historiográfico, véase F. Egerman, “Zum historiographischen Ziel des Thukydides”, *Historia* 10 (1961), pp. 435-447; *id.*, “Thukydides über die Art seiner Reden und über seine Darstellung der Kriegesgeschichte”, *Historia* 21 (1977), pp. 575-602; D. Kurz, *Akribeia. Das Ideal Exaktheit bei den Griechen bis Aristoteles*, Diss. Tübingen, 1970, pp. 40-61; G. Schepens, “art. cit.”, p. 88. Para el valor retórico del término, véase C.W. Mcleod, “Rhetoric and History (Thucydides, VI, 16-18)”, *Quaderni di storia* 2 (1975), pp. 39-65; esp. p. 59; R. Vattuone, *op. cit.*, p. 229.